

NUEVA YORK

El corazón de Nueva York latía sin descanso
al ritmo del East y el Hudson.

Un crisol de culturas que lloraba y reía,
una Torre de Babel que deambulaba,
buscando el Norte,
por la geometría de los rascacielos
y el frío de los ascensores.

Pero la huella de las tribus indígenas permanecía soterrada
bajo la lujuria de los centros comerciales
y el estrés de los vagones del Metro.

Times Square lucía omnipotente,
a los cuatro vientos,
como si no hubiera un mañana,
sus encantos de Internet “cinco cero”
y la multitud rendía sentido homenaje
al glamour de la Manzana y al colorido del plasma.
Pero la aurora existía, acechaba con ojos de águila,
sus garras se cernían inmisericordes
sobre los sintecho que poblaban las aceras.

Desde el Pop Art llegaba Love,
roja y sensual, en la sexta avenida
una joven diosa del amor y de la libertad.
Pero en Harlem todavía
sonaban profundos lamentos de blues
y el World Center custodiaba desolado
la honda cicatriz del “Once S”.

En los puentes de Brooklyn quedaron cinco sonrisas,
cinco miradas de asombro, cinco recuerdos...
y, frente al viento, Manhattan, como un sueño.

Todas las noches el duende de Central Park
toca el saxo en su barca,
interpretando para nosotros una pieza de jazz.

“Llueve sin cesar” (2018 -)

Jesús Claver Giménez